

***Xaneiro 2010* o de como un gallofo y varios peregrinos me ayudaron a volver a Santiago.**

Por Gloria Viñals

I.- Volver.

La improvisación es una buena forma de ir al Camino. Últimamente me sentía demasiado abrumada, demasiado organizada. Algo en mi fuero interno me obligaba a escapar de la Ciudad Condal. La “envidia” que me daban los amigos peregrinos que se acercaban a Compostela sólo era la pimienta para teclear las páginas web de rumbo.es en busca de una oferta o de un horario que cuadrara.

Las teclas me llevaban a León, a Hospital de Órbigo, a Ponferrada, con unos horarios imposibles en los que nada cuadraba. La noche del 30 de diciembre, ante ideas cada vez más descabelladas, mi amigo Manolo me abrió los ojos: “Tú lo que quieres es ir a Santiago...”. En efecto, tras meditar sus palabras me fui dando cuenta: quería volver a Santiago. Aunque en el último medio año ya había abrazado al Amigo en dos ocasiones, quería volver. Quería volver porque es Año Santo, y porque siempre me queda algo que decirle flojito y al oído.

El día 31 conseguí el billete de tren que me dejaría en Sarria el día 7 por la mañana, justo a 115 kilómetros de Compostela. Iba a caminar el mismo tramo y justo los mismos días que un lejano –pero a la vez cercano–, enero de 2.005. Esta vez iría sola, aunque las condiciones físicas han mermado bastante, mi confianza en el Apóstol era ciega; además, podría asistir a la misa del peregrino de las 6 de la tarde y estar en el aeropuerto a las 10 de la noche. Confiar, confiar era lo único importante. Confiar y caminar...

Las predicciones meteorológicas no eran excesivamente prometedoras, pero nunca imaginé que un manto de nieve me envolvería en silencio y que mi bautizo blanco tendría lugar apenas cruzar la horrorosa fuente del *Pelegrín* más allá de Mercado da Serra.

No es la primera vez que salgo de casa de mi ahijado Gerard en una fría tarde de Reyes y la familia ya está acostumbrada a verme vestida de peregrina. Aún así, a mi madre aún le rechina que sea capaz de cruzar Barcelona con el bordón en la mano y me pregunta si no me da vergüenza llevarlo, cuando la que tendría que empezar a usarlo es ella.

Como mis primos viven cerca de la estación de Sants me voy andando y mi orgullo va creciendo a medida que cruzo las calles y el vestíbulo. El tren casi va vacío, parece un tren fantasma que irá traqueteando hasta Sarria.

Me paso la noche prácticamente en blanco a la vez que voy repasando todos y cada uno de los recuerdos de ése Sarria-Santiago que hice en las mismas fechas del 2005 con mis tres mosqueteros, Javi, Héctor y Ramón. Les mando un mensaje a los tres, caminarán muy cerca de mí.

Pero el mismo escenario me ofrecerá un Camino absolutamente diferente, gratificante como siempre, e incluso con alguna “chincheta” importante, de esas que nos pone Santi para mejor poder valorar lo que tenemos.

También esta vez busco un motivo por el que ofrecer el Camino, para no quejarme demasiado cuando las cuestas me hagan jurar en arameo o para cuando algo duela más de lo debido. No, no lo voy a decir.

II.- Los primeros pasos.

El tren llega a Sarria con muy poco retraso, unos abuelos bajan torpemente del mismo y en el otro extremo del andén aparezco con mi inseparable Ulysses y mi mochila. Tengo la sensación de ser la única peregrina que en esos momentos pisa esa localidad y no voy muy desencaminada. Hace frío y antes de buscar un bar para desayunar, sello en la estación, donde me sorprende ver que tienen el sello “oficial”.

No me es difícil encontrar algún contertulio en un bar que hace esquina, la historia se repite, quien vive a pié de camino tiene miedo al Camino; y como siempre, la eterna pregunta, una mujer sola, en invierno... La explicación no es fácil, parece que hablemos idiomas diferentes, y que sólo sea posible contestar que lo prueben por ellos mismos.

Ojeando el periódico verifico que los dos décimos del sorteo del Niño que llevo han resultado premiados; como uno de ellos es compartido con un peregrino, me da instrucciones para cambiarlo en Santiago. ¿Llegarán los décimos a Santiago?

Más o menos a las 10 empiezo a caminar en busca de la primera flecha amarilla, de la primera subidita, del *Xulgado* donde sellé la primera vez que pasé por allí en agosto de 2003, de la prisión preventiva de las pegatinas en blanco y negro de los Bebe y Lucha, del Monasterio de la Magdalena... Son lugares conocidos que arrancan una sonrisa al alma y que amortiguan la sensación de soledad que una pudiera tener. Nunca estamos del todo solos; en la mochila los recuerdos, los mensajes, las carencias, y los apoyos, pesan lo suyo.

En cuanto me acerco al convento de la Magdalena veo que alguien sale del mismo para subirse a un coche así que me desvío ligeramente del camino y aprieto el paso con el fin de preguntarle si en esta ocasión lo puedo visitar. No hace falta insistir demasiado pues el mismo

sacerdote sale a mi encuentro invitándome a entrar. Amablemente me abre la puerta y me indica que dentro no hay nadie, que estoy en mi casa, y que al salir, cierre con fuerza. Al quedarme sola, me siento como la madre abadesa, dueña y señora de la fortaleza.

La primera imagen que sale a mi encuentro es Santa Lucía. Curiosamente, la primera vez que pasé por Sarria iba en compañía de Pilar, de mi hermana Pilar, quien cuando escribo estas líneas está en dulce espera de una niña que se llamará Lucía, por lo que la feliz coincidencia me augura un buen alumbramiento para la pequeña y cojo una estampita para ella. A mis anchas, visito la capilla, la sacristía y el claustro. De origen románico, conserva algún vestigio gótico y fue lugar de acogida de peregrinos. Hoy, la orden mercedaria cubre las necesidades espirituales de la zona con muy pocas vocaciones.

Dña. Soledad y las campanadas de las once acompañan mis pasos al descender hacia el río Celeiro y su puente medieval, el *ponte* Aspera. El silencio del bosque me acoge con los brazos abiertos, los robles, los castaños y las hayas me ofrecen una mayestática alfombra de hojas con todas las tonalidades posibles del bronce, del amarillo, del oro, de los tostados... La primera cuesta no se hace esperar, así que despacito, apoyándome en Ulysses, prometiéndome por enésima vez que comeré más verdura y menos pasta, consigo coronarla para sumergirme entre brumas y neblinas bajas que inútilmente intentan vencer la fuerza de la gravedad de prados y pastos.

Un pequeño desvío me lleva al cementerio que circunda la iglesia románica de Barbadelo donde un par de perros no me reciben de forma demasiado halagüeña. Los esquivo para poder contemplar la estilizada y original figura del Cristo resucitado que se observa en el tímpano románico ornado por un taqueado jaqués bastante sorprendente para la zona. No encuentro quien me abra la iglesia así que retrocedo sobre mis pasos en busca de la carretera que cruza Mercado da Serra, y del bar que me ofrecerá una rica empanada de bacalao.

El kilómetro 108 está bien promocionado con el rehabilitado núcleo de Viada donde una antigua cuadra se ha reconvertido en una especie de “El Corte Inglés” del Camino con diferentes máquinas tragaperras en las que igual te venden un gorrito blanco que un pin, un *souvenir* que un café. Una cámara semioculta a modo de “gran hermano” vigila la recaudación del día. Frío e impersonal, sello para no olvidar un lugar tan desangelado como aquél.

Apenas habré andado unos 10 kilómetros cuando siento como pequeñas caricias en mis mejillas y a medida que avanzo hacia el kilómetro 100 y su pintarrajeado mojón, la nieve se convierte en permanente compañera de Camino.

III.- Nieve.

Apenas habré andado unos 10 kilómetros cuando siento como pequeñas caricias en mis mejillas y a medida que avanzo hacia el kilómetro 100 y su pintarrajeado mojón, la nieve se convierte en permanente compañera de Camino.

En dos o tres puntos, las *corredoiras* sucumben al agua que desciende rauda formando mil regatos. Da lo mismo pisar barro que piedras; buscar prados que saltar arroyos; el agua se filtra por doquier. Sólo pido que el *goretex* de mis botas cumpla sus funciones. Incluso en una ocasión, he de encaramarme a un murete de lajas cubierto de nieve pues no hay otro paso firme por el que avanzar. Mi proverbial “agilidad” nunca se había puesto tan a prueba.

Las ganas de llegar a casa de Dña. Julia, en Mirallos, justo después de Ferreiros, me dan la fuerza necesaria para seguir.

Allí me espera su abrazo, un buen caldo gallego, el recuerdo a un “puto palito”, la sonrisa de Natalia, las bromas de unos cazadores de la zona, y un merecido descanso. Cuando le pregunto a la nueva camarera si la chuleta de ternera es muy grande y me contesta que “normal”, voy preparando mi estómago para un festín de primera. No me equivoco.

Una tormenta de granizo suelta su pesada carga mientras estoy a buen recaudo; pero cuando voy a salir, nieva copiosamente y ha bajado la temperatura sensiblemente. Dña. Julia me ayuda con la capa de agua y me despido hasta la próxima notando un deje de tristeza en su mirada.

El camino se suaviza descendiendo hacia el valle del río Miño con mucho barro y en el pequeño núcleo de Parrocha, un árbol de navidad de original decoración contra la violencia doméstica, me da la bienvenida al mundo de Guillermo.

Guillermo se ha ido a vivir al Camino desde su Vigo natal hace pocos meses. En una destartalada cuadra realiza manualidades varias para el peregrino. Cuando llego a la puerta está de espaldas, trabajando y escuchando música, su única compañera. Entro a saludarle, creo que vale la pena saludar a esas personas que mantienen la puerta abierta a todo el que pasa. Es como si te dijeran, “entra, eres bienvenido, pero el paso lo tienes que dar tú”.

De inmediato me señala la entrada a una dependencia prácticamente ocupada por una de esas cocinas enormes, como las de nuestras abuelas, de hierro colado, negra, y con el fuego encendido.

La amena charla de Guillermo invita al descanso mientras es regada con un humeante y apetitoso te. También me regala una preciosa vieira pintada de azul con la flecha amarilla. Sólo puedo ofrecerle otra pequeña flecha amarilla realizada a mano por Edu, un peregrino de Segovia, que las hace con tanto cariño como el que él pinta sus vieiras.

Las comercializa para ganarse el sustento pero ha decidido que algunas merecen ser regaladas. Intento con la vista localizar una hucha para un pequeño donativo que creo que se merece. Pero Guillermo tiene una filosofía, o vende las conchas, o las regala, no hay término medio. Y yo, he tenido suerte.

Ha llegado la hora de la despedida, quiero aprovechar las últimas luces del atardecer. Guillermo garabatea su dirección en un papel y me sella la credencial con un original Peter Punk.

La noche y la nieve me saldrán al encuentro antes de llegar al albergue de Portomarín.

En la otra ocasión en que caminé en invierno también había llegado a Portomarín sobre las 7 de la tarde y había continuado con mis tres “mosqueteros” hacia Gónzar. Pero hoy me siento cansada y con mucho sueño por lo poco que he dormido en el tren. La noche ya ha caído y tengo el propósito de visitar la iglesia de San Nicolás, esa iglesia fortaleza que fue desmontada piedra a piedra de su antiguo emplazamiento para que se pudiera construir el embalse de Belesar. Por cinco minutos, en esta ocasión tampoco voy a poder entrar. Cuando voy a preguntar el horario, acaban de cerrar.

Me dirijo al albergue mientras la cortina de nieve se va intensificando y para mi sorpresa, me encuentro con cinco peregrinos en su interior. Christian, un chico catalán con rasgos que viene de Montserrat al que no volveré a ver y con el que apenas me cruzaré media docena de frases. Lynn y Andrew, madre e hijo, americanos, con un ritmo y unas costumbres demasiado ordenadas para mi gusto que también empezaron en Sarria; y dos gallegos, los primeros gallegos que me encuentro caminando en todos estos años, que a la vista de la nieve caída, hace apenas tres días que se fueron a Villafranca del Bierzo a disfrutar de un nuevo Camino.

Para un día de auténtica soledad, cinco peregrinos es una avalancha que me determina ir en busca de un tranquilo lugar para cenar a solas y hablar con “mi gente” en la distancia.

Sobre las 7 de la madrugada me levanto para ir al baño y desde el amplio ventanal contemplo las calles de Portomarín cubiertas de un limpio manto de nieve. Ha nevado toda la

noche y sigue haciéndolo. El blanco elemento empieza a dejar de ser algo romántico y bonito para convertirse quizás, en un verdadero problema.

Me acuesto de nuevo repasando mis contactos con la nieve; tres visitas a una estación de esquí y un loco paseo por el Karakate con amigos peregrinos. No tengo cultura de nieve, la nieve y yo no hemos sido “formalmente” presentadas, y siento auténtico miedo, mejor dicho, pánico, ante la posibilidad de no ser capaz de seguir adelante.

Me duermo con el miedo en el cuerpo y sueño que en la plaza de Portomarín, hay una churrería de feria que despacha chocolate con churros para que todos los peregrinos del albergue podamos desayunar.

IV.- Recordando.

Tenemos noticia de que a las 8,30 hay un bar que abre y los americanos acuden puntuales a la cita; Christian, el catalán, va a su aire; y compruebo que los gallegos, que por fin he descubierto sus nombres –Pepe y Agustín–, también andan prescindiendo del reloj.

Al cruzar la plaza constato que mi sueño no se ha hecho realidad, que la churrería no existe, pero que incluso hay otro bar abierto.

Té y tostadas para un día que será muy frugal.

Bajando de Portomarín el suelo está helado y me pego el primer resbalón, me río de mi misma porque parezco a Charlot con una piel de plátano, y sobre todo, porque no me he hecho daño, pero aprendo de inmediato a pisar nieve evitando el hielo. Aún no he llegado a la primera curva de la helada bajada y constato que Agustín es un reportero Tribulete de cuidado, ¡con lo poco que me gustan las fotos!, incluso me pide que le haga alguna, “pobriño”, no sabe lo mal que van a quedar si las hago yo, así que le disparo mientras él camina de espaldas para ponerse “en posición”. Es cierto, lo hago a traición.

Pero estoy contenta, así que ante su afán fotográfico le dedico la mejor de mis sonrisas y me dispongo a pisar la pasarela metálica sobre el río que ha sido cubierta con una mullida alfombra blanca, como si de una alfombra mágica se tratara.

Tras una casita rosa, por fin llega la temida cuesta hacia el alto de San Roque que me llevará un par de horas hasta el albergue de Gónzar. Agustín y Pepe mantienen un atlético ritmo que me es imposible seguir. Se frenan para esperarme pero no me gusta ni condicionar ni que me condicionen. La conversación se transforma en una clase de ciencias naturales en gallego salpicada de fotografías.

Paro en el albergue a descansar un poco y mis compañeros siguen adelante; en un primer momento ni se dan cuenta de que me quedo atrás, tampoco yo me esfuerzo lo más mínimo por avisarles. Me esperarán más adelante, pero con mi ritmo y con mis entretenimientos, ya no les pillaré. Otro día de auténtica soledad me espera, no me importa en absoluto.

El albergue de Gónzar ha sido rehabilitado y la antigua cocina eléctrica ha dejado paso a un diseño funcional y frío; casi tanto como el hospitalero que incluso es reacio a abrirme la puerta para que pueda sentir un poco de abrigo.

Ante la nueva cocina, siento añoranza del *Avecrem* compartido con mis tres mosqueteros; posiblemente ése sea el desayuno peregrino que más recordaré en toda mi vida.

Sigo camino y las pisadas en la nieve de los dos peregrinos que me preceden me facilitan la orientación cuando las flechas amarillas apenas se ven. El silencio es absoluto, por la cercana carretera sólo pasa el quitanieves en un par de ocasiones. La naturaleza ni siquiera duerme, parece que está en letargo pues ni se la oye respirar. Sólo el crujir de la nieve bajo el peso de mis botas genera un diálogo íntimo.

En Castromaior, ni un alma. En Hospital de la Cruz, ni un alma. Ni siguiera en el cruce con la N-540 hay un aliento de vida. Un coche circula con cadenas. Intento evitar las amplias placas de hielo al cruzar una de las carreteras pero vuelvo a resbalar y a caerme, y sigo riéndome de mí misma. Estoy de buen humor en amplio contraste con el gris plomizo del cielo y con el paisaje en blanco y negro que me circunda.

Alcanzo Ventas de Narón con la necesidad de parar y comer algo. Intento en vano encontrar un rinconcito donde dejar mi mochila y descansar un poco, pero no hay suerte. Las mesas y los bancos de piedra están cubiertos con un palmo de nieve y el bar está cerrado. Cuando empiezo a limpiar de nieve una de las mesas, casi como por ensalmo desde una cercana puerta entornada me preguntan si quiero que me abran el bar. ¡Santiago sea alabado!

Descanso, buen alimento, calorcillo y amena conversación. Repuestas las fuerzas, sigo adelante. El camino es una carretera que cruza un bosque de pinos en suave ascenso por la Sierra de Ligonde.

Ha dejado de nevar y el sol intenta acariciarme con escasa fuerza. No tardo mucho en descubrir a los gnomos del bosque, juegan insistentemente conmigo a tirarme bolitas de nieve en cuanto yo me acerco a las ramas preñadas de blanco. Sonrío divertida a esos viejos amigos, a esos diablillos que suelen venir a saludarme en cuanto me ven que voy con Dña. Sole cogida de la mano.

El letrero de la parroquia de Ligonde me anuncia que me acerco al cruceiro de Lameiros. Al crucero de la ferretería, a uno de los hitos más cargados de simbolismo del Camino de Santiago. Sorprendentemente, la “ferretería” ha desaparecido bajo el blanco manto. No hay el menor atisbo de los elementos que recuerdan a la pasión de Cristo, ni de los otros detalles que aparecen en su base. Sólo la pétrea cruz se erige buscando el cielo con las sugerentes imágenes ovaladas de la Virgen y el Crucificado, el orto y el ocaso. No puedo resistirme a la tentación y hago unas cuantas fotos a cuanto me envuelve desde mi flamante y nueva blackberry.

V.- La *Blackberry*

No puedo resistirme a la tentación y hago unas cuantas fotos a cuanto me envuelve desde mi flamante y nueva blackberry.

La Reina Maja de mi madre me ha regalado uno de esos fantásticos aparatitos justo el día de Navidad, no hace ni quince días. Su particular dispositivo para recibir correos electrónicos me ha permitido tomarme dos días de vacaciones a cambio de estar conectada. Soy de pocas fotos, muy pocas, pero el entorno me embriaga y me propongo reenviaselas a mis tres antiguos mosqueteros ante el temor de no ser capaz de describirles el blanco paisaje. Aún no lo sé, pero nunca podré recuperar esas fotos.

A escasos metros del crucero existe una cruz, último vestigio de un antiguo cementerio y hospital de peregrinos dirigido por la Orden de Santiago. Unos pasos más y ya estoy en Airexe, pequeño núcleo que toma su nombre de la iglesia románica que domina el pueblo. Me entretengo quitando la nieve de un panel informativo, ¡se nota que los guantes son nuevos y aguantan! y recuerdo que Santiago (el de carne y hueso), me ha mandado saludos para la hospitalera Mari Paz; en realidad, no es el único peregrino que me ha hablado maravillas de ella.

El albergue resulta estar a pie de camino y me acerco a preguntar a ver si por casualidad está Mari Paz. Tengo suerte y puedo conocerla, e incluso pasarle una conexión telefónica con el peregrino Santiago a quien recuerda con cariño. Esta mujer respira paz y dulzura, y la conversación con ella es tan reconfortante, que ni siquiera me doy cuenta de que se me pasa la hora de comer. Al día siguiente, y por otros derroteros, tendré noticia de la alegría de esa buena mujer al haber hablado con mi amigo por teléfono.

Una vez más, paso de largo el desvío del monasterio de Vilar de Donas, ¡y van tres!, no tengo enmienda. No tendré más remedio que volver.

Subiendo hacia el alto del Rosario, los gnomos de los bosques de pinos vuelven a salir a mi encuentro con sus particulares batallitas de bolas de nieve. En cuanto veo a unos abueletes

pasear con sus perros, deduzco que ya he coronado el puerto y que desde ahí, sólo me queda bajar hacia Palas de Rei.

La entrada a la localidad se ha convertido en un bonito paseo al polideportivo y a la zona de albergues alternativos. Me cruzo con chavales deportistas que me ignoran ostentosa-mente; supongo que para ellos, ver a un peregrino es como ver una parte del mobiliario. Lo menos que pueden pensar de mí, es que estoy loca. Ya lo dicen por esas tierras, “tolos polo Camiño”.

Bajo las escaleras que circundan la iglesia de San Tirso –cerrada, por supuesto– con mucho cuidado en no volver a resbalar por culpa del hielo. Una anciana que camina despacito se fija en mí y me alienta diciendo que más allá de Palas ya no encontraré nieve. Eso me anima, pero ni ella ni yo sabemos que está muy equivocada.

Entro en el albergue para ver si los americanos han llegado sin problemas y para mi sorpresa, me encuentro con los peregrinos gallegos que han cambiado de planes y han decidido no llegar a Melide. Pepe sale radiante y perfumado de la ducha, y Agustín insiste en que me quede. Considero que para mis planes de llegar a Santiago el domingo –y en menos de 48 horas– he de avanzar un poco más y resistir al primer intento de secuestro. Aún debe quedar una hora de luz por lo que decido continuar y, en previsión de una cena escasa en el siguiente albergue, me compro una sopa de sobre en el *super* de la carretera.

Intento tomarme un poco de caldo caliente pero no tengo suerte. Allí donde en otras ocasiones me trataron de maravilla, hoy me reciben con gruñidos.

Tras un tramo de carretera, allá donde siglos atrás se extendía el Campo de los Romanos, continúo camino entre castaños descendiendo por una trocha cubierta de una alfombra de hojas de mil tonalidades. Ulysses se encapricha con alguna de ellas que quedan prendidas en la punta de mi bordón.

En San Xulian do Camiño vive Xoan, un amigo hospitalero, y en lugar de telefonarle, opto por intentar darle una sorpresa llamando a la puerta de su casa. Sólo me contestan unas alteradas ocas por lo que, tras insistir un poco, y comprobar que el albergue privado también está cerrado, continuo hacia el último núcleo lucense del Camino, Mato-Casanova a través de túneles de ensueño descendiendo hacia el río Pambre.

Justo en el puente que lo cruza, me encuentro con Pascal, un peregrino que empezó a caminar en Ginebra hace cuatro meses, llegó a Fisterra y está de regreso. Está cansado, muy cansado. Pascal tiene *parkinson*, y en los últimos meses los temblores se le han agudizado.

Mientras hablo con él, sus bastones telescópicos no dejan de temblar ostensiblemente. Me da pena entretenerle demasiado por lo que la conversación con él se me hace muy cortita.

El ascenso del último kilómetro se hace duro pues los riachuelos y el barro cubren las resbaladizas piedras de la *corredoira* que apenas veo. Por no parar, ni saco la linterna de la mochila. De noche cerrada, entre los últimos robles, ya diviso la silueta del albergue, cuya hospitalera me atiende como un auténtico torbellino de energía.

Para mi sorpresa, en el albergue hay otros dos peregrinos. Angelika, una polaca de 21 años, menuda y silenciosa; y otro bullicioso peregrino que ha subido viandas suficientes para un regimiento que me recibe friendo patatas y con un vasito de vino, peleón, pero reconfortante.

Se trata de Santiago, Santiago Roca Fernández, nunca olvidaré su nombre. Compartimos mi sopa y su cena mientras me cuenta de su vida y milagros; dicharachero, alegre, animado... Las patatas fritas están de vicio.

La *blackberry* arroja unas cuantas llamadas de "control". Los amigos y la familia se preocupan de mi estado físico y anímico. No necesito demasiadas palabras para describirlo, con una es suficiente: fantástico.

Me acuesto prontito, dejando a la hospitalera casi con la palabra en la boca pues ella tiene ganas de charla pero yo estoy cansada. Tenemos un amigo común, Rasanca, y al despedirnos me dará saludos para él.

A las 8 empieza a clarear en estas latitudes, por lo que los tres que dormimos en el albergue acordamos poner el despertador a esa hora, y yo dejo la *blackberry* cargándose a mis pies. Me duermo pensando que mañana he de apretar el paso, que aún no he llegado a medio Camino y que no me duele nada. Pongo mi esperanza en el albergue de Santa Irene.

VI.- El ladrón.

Sobre las 7 de la madrugada me levanto para ir al baño y para mi disgusto, compruebo que la *blackberry* ha desaparecido. También han desaparecido el locuaz Santiago, el dinero, y la lotería premiada que debía cambiar en Compostela, por ser un décimo que compartía con otro peregrino.

La rabia y la impotencia me invaden. Como en una moviola, reproduzco todos y cada uno de mis movimientos del día anterior. He sido demasiado confiada, lo reconozco, esa es la

lección que aprendo de inmediato. Informo a Angelika de lo sucedido y apenas se lo cree pues ella llevaba dos días caminando con el ínclito Santiago y no había notado nada extraño en él.

Acudo a casa de Carmen, la hospitalera, a quien informo de lo sucedido y llamo a la Guardia Civil quien me propone recular a Palas para poner la denuncia. Ante mis explicaciones de que es imposible dar marcha atrás, me dice que la ponga en Melide y me da un número de teléfono por si tengo problemas. Doy de baja de inmediato el número telefónico y aviso a Luis y a Lola para que den los oportunos partes a familia y amigos pues el número de teléfono de su casa es de los pocos que me sé de memoria.

El peregrino amigo de lo ajeno que se ha tomado a rajatabla ese viejo dicho de "coge lo que no necesitas y deja lo que puedas" había dejado una toalla y una capa de agua estratégicamente situadas en su litera para que desde mi cama no pudiera ver si se había largado antes de hora.

Al reanudar el Camino le doy un fuerte abrazo a Angelika, me invade una sensación de soledad y desamparo, y la veo tan chiquitina, que creo que no la volveré a ver convencida de que mi propia rabia me hará caminar más rápido que lo habitual. Pero al poco rato ya estamos caminando acompasadamente siguiendo el rastro del ladronzuelo, pues sus pisadas, son las únicas huellas que a esas horas han violado la nevada de la noche anterior.

Es tal mi ofuscamiento que ni me doy cuenta de que dejo atrás la pequeña ermita de Leboeiro, e incluso reniego de su helado puente que no recordaba. En Furelos ya me he calmado un poco y pese a que no hay forma de entrar a ver al Cristo de la pequeña ermita, la visión de su puente románico me anuncia que una buena ración de pulpo me está esperando en Melide.

Un frío intenso nos acompaña a lo largo del llamado bosque de los peregrinos y rindo sentido homenaje a un "Vanitas Vanitatem" que alguien pintó con mucho acierto en uno de sus monolitos. Angelika escucha mis historias y explicaciones con avidez y retrata cuanto le llama la atención. Por el Camino, nos cruzamos con otro peregrino que va de vuelta; pero es un fantasmilla y sólo está interesado en explicar que el periódico habla de él.

Llegamos ateridas a la puerta de A Garnacha, pulpería, en la que sé que los peregrinos gallegos que me siguen van a parar. Apenas detenemos nuestros pasos un momento para tomar aliento y para mirar a mi alrededor por si hay un cajero automático pues no puedo permitir que sea mi pequeña acompañante quien pague el gasto pese a que en un papelito lleva apuntado: Melide, pulpo, ribeiro.

“¡Peregrinas! ¿Tenéis hambre? ¿Tenéis frío? ¿Queréis pasar?”. Una cara sonrosada y una sonrisa procedente de Carballino nos dan la bienvenida. Contesto como en una explosión atropelladamente contándole que me han robado, que no tengo dinero, que no tengo teléfono, y que estoy enfadadísima, cuando en realidad, con quien estoy realmente enfadada es conmigo misma. El chico sonrío y ante mi insistencia de que de momento no tengo dinero y que necesito un cajero, me responde que no hay problema, que entre, descanse y me reponga. Incluso cuando pregunto si admitirá la Visa, me insiste en que no hay problema para comer en su casa si me han robado.

Nos acomodamos y un reconfortante caldo gallego, una buena ración de pulpo y una botellita de ribeiro me quitan todas las penas del amanecer.

En plena faena gastronómica, nos dan alcance Pepe y Agustín, quienes al momento se solidarizan conmigo, se ofrecen a prestarme dinero, ponen sus móviles a mi disposición y se comprometen a no dejarme sola hasta que cruce la Puerta Santa.

Agustín me acompaña a poner la denuncia a la Guardia Civil y desde allí, organiza un dispositivo que va a tener en vilo a la Benemérita las siguientes 48 horas. Me atienden con mucha amabilidad y comprobamos que el número del documento de identidad con el que el peregrino amigo de lo ajeno se había registrado en el albergue es falso. Pero con el tiempo, y alguna gestión “complementaria”, acabaremos identificando al ladrón que goza de un amplio historial delictivo.

Afortunadamente para mí, el valor de lo robado no alterará mi vida ni mi Camino. Gallofos y maleantes han existido siempre en el Camino de Santiago, y seguirán existiendo. Pero entiendo que debo poner todo lo que esté en mi mano para evitar que este personaje pueda repetir su fechoría con otro peregrino más indefenso o más necesitado que yo; he de poner mi grano de arena para que no se frustren las expectativas de otras personas con menos recursos, para aquellos a quienes un incidente de este tipo, les deja absolutamente desprotegidos lejos de sus hogares. O por lo menos, intentarlo.

Ya es muy tarde cuando volvemos a ponernos en marcha, tanto, que empiezo a dudar de mi capacidad de llegar a Santiago al día siguiente.

VII.- “¡Ay va! La cartera ...”

(Era más tarde de la una y media y dejábamos atrás Melide...)

Caminamos formando una piña pero a buen ritmo, mis nuevos acompañantes están en una forma física envidiable y no paramos hasta después de la pronunciada bajada que nos

lleva a Boente y a su pequeña ermita de Santiago. Allí, tomo una estampita en inglés para regalársela a la peregrina polaca y cuando voy a depositar como donativo la única moneda que recuerdo que me queda, me doy cuenta de que mi cartera no está en el bolsillo posterior del pantalón.

Desde agosto de 2.002 que esa cartera amarillo chillón me ha acompañado siempre. Hoy su color empieza a cuestionarse, pero es cómoda y lavable, lo cual no significa que la haya lavado nunca. De inmediato me doy cuenta de que fue en mi “parada técnica” donde se me cayó, justo allí donde le comenté a Pepe que los hombres lo tienen mucho más fácil que las mujeres. Pero... ¿dónde está ese concreto “allí”? Agustín se ofrece a desandar camino para ir a buscarla pero me siento incapaz de describirle el lugar. Así pues, Angelika se queda en la ermita con las mochilas, y nosotros volvemos sobre nuestros pasos, remontando la plácida bajada. Por el camino nos cruzamos con dos peregrinos de Narón que a preguntas de Agustín, manifiestan que no han visto mi cartera en el Camino, pero es evidente que mi parada no fue en medio del Camino ¡Qué ideas tienen los hombres!

Después de un par de kilómetros, y tras una buena subidita, localizo el lugar “de autos” y la cartera; así que media vuelta, y otra vez nos dirigimos a Boente. Afortunadamente el paisaje nos ofrece una alfombra dorada por la que caminar, con escasos restos de nieve, y con los primeros eucaliptos que ya se huelen.

Me he ganado a pulso fama de despistada, por lo que a partir de entonces, cada vez que reiniciamos la marcha por el motivo que sea, me preguntan si lo llevo “todo” encima, particularmente “la cabeza”...

Angelika pregunta por todo cuanto le rodea, especialmente por los hórreos, en Polonia no existen y se interesa por su cometido. En algún momento, la pequeña polaca me demuestra una capacidad de percepción de las relaciones humanas superior a lo normal.

El camino sube y baja al más puro estilo gallego. La verdad es que algún tobogán de esos me sobra, podrían poner un pequeño viaducto para el pobre peregrino cansado. La bajada hasta Ribadiso hace que mi rodilla derecha recupere antiguos y olvidados dolores, pero hemos pillado a los chicos de Narón, y como uno de ellos va más tocado y hundido que yo, llegamos al albergue en amena conversación

En el idílico rincón de Ribadiso descansamos un ratito y Angelika aprovecha para enseñarme las fotos que hizo cuando en Grañón decidió prescindir de sus largas y abundantes rastras. Se dejó solamente dos y las que se cortó, las lleva en la mochila sin que acierte a explicarme porqué. La casualidad ha hecho que en Grañón coincidiera con mi amigo Paco como

hospitalero, por lo que me río con la sesión de peluquería y con las fotos de la paella que Paco preparó para los dos únicos peregrinos de aquella jornada.

En Ribadiso nos despedimos de Angelika, no la volveré a ver pero por Bejo, tendré noticias de su feliz llegada a Fisterra. Ella ya tenía previsto quedarse allí y a todos nos da un poco de pena dejarla sola. Sin embargo, es una chica dura, acostumbrada a la soledad, al frío, y con muy pocas pretensiones gastronómicas. Su mochila pesa más de la cuenta, pero se llevará a Polonia un Camino muy rico de experiencias y vivencias, un Camino al que volverá; de eso estoy segura.

Apenas 3 kilómetros nos separan de Arzúa y llegamos al albergue sin más incidentes. Me informan de que unos 5 kilómetros más allá una casa rural puede estar abierta. A la vista del retraso acumulado y que aún queda luz solar, decido probar suerte.

Agustín intenta convencerme para que no siga caminando. Considera que es una locura hacerlo sin móvil y a punto de caer la noche. Está convencido de que al día siguiente, habrá tiempo suficiente para entrar en Santiago a una hora razonable. Yo no lo tengo tan claro y asomo la vena *aries* y cabezota que me caracteriza. Sé que él habla con el corazón, pero en estos casos, hay que usar la razón –o no–, y estoy dispuesta a seguir.

Con mi decisión tomada, entro en el albergue a descansar un poco y a llamar para verificar que la Casa Rural esté abierta, de lo contrario, tampoco me quedarían fuerzas para llegar a Santa Irene. Al momento, se presentan en el albergue dos números de la Guardia Civil preguntando por mí y me pasan al teléfono al Comandante del puesto de Melide. El sargento, durante largos, muy largos minutos, me da un cumplido parte de todas las pesquisas, gestiones y entrevistas realizadas durante su jornada. Mientras hablo con él, voy mirando por la ventana rogando que el sol descienda lo más lentamente posible para poder seguir adelante. La conversación se me hace eterna. En cuanto cuelgo y manifiesto en voz alta que voy a seguir, los dos números se me cuadran, me miran de forma intimidatoria, se plantan enfrente de la puerta y disipan cualquier atisbo de duda que pudiera quedar en mi interior. La decisión está tomada, me quedo.

El albergue es un lujo aunque sobre alguna litera se cierne alguna corriente de aire que aconseja algún cambio. El comando lava y ducha se pone en acción, y finalmente, me regalo un merecido relax y una amena charla.

Por el Camino, y en bicicleta, ha aparecido Juan Carlos, de la asociación de Granada, con quien había hablado casualmente por teléfono acerca del Camino Mozárabe hace ya algunos meses. Nos reconocemos con facilidad.

Una apetitosa cena y un buen godello que comparto con los dos gallegos, nos dejan listos para un merecido descanso.

Siento que Santiago está cerca, pero muy lejos. Según las guías son poco más de 40 kilómetros; pero una ya sabe que no se puede fiar demasiado de los kilómetros gallegos. Al prestado teléfono, Manolo me da ánimos diciendo que es un paseillo, que lo puedo hacer. Pepe y Agustín han prometido marcarme el paso. Pero a veces, confío poco en mis propias fuerzas y la duda me asalta. ¿Llegaré? Sí, llegaré, pero la misa es a las 6 de la tarde, y eso ya lo veo más complicado.

VIII.- El abrazo.

Americanos, gallegos y catalana desayunamos en O'Casqueiro, el bar de la plaza principal de Arzúa. Leo en voz alta la bendición del peregrino para todos, empiezo a pensar que al haberlo hecho en silencio y de forma íntima cada día, no ha sido muy afortunado. A este ritmo, ni llego, ni mucho menos voy a llegar "incólume".

Empezamos a caminar con las primeras luces, son las 8,15 de la madrugada y tras la primera cuestecilla, el Apóstol nos regala un espectacular amanecer. Por encima de los campos nevados las tonalidades añiles y violetas van cediendo lentamente a toda la gama de rojos y amarillos que se van abriendo paso entre jirones de nubes.

Los cinco llevamos un ritmo constante y rápido, si fuera sola iría bastante más despacio, pero también es cierto que no siento que haga ningún esfuerzo especial. Hace frío, pero la ropa de abrigo cumple su función. Los escasos bares de la zona están cerrados y me sacudo mentalmente los pies cuando diviso el letrero del bar donde en el verano anterior, y procedente de Sobrado dos Monxes, no hallé hospitalidad. Recuerdo con cariño a mi Hermanito Javi en el punto de enlace con el atajo que viene del Camino del Norte.

Respetando silencios, compartiendo anécdotas y hablando del Camino y de sus gentes, se nos pasan los kilómetros casi sin darnos cuenta.

No paramos hasta llegar al Alto de Santa Irene, donde afortunadamente, el bar de la derecha, el que tiene todas las bufandas de todos los equipos de fútbol, está abierto. Mi cuerpo necesita más descansar que comer, sobre todo mis lumbares y mi maltrecho nervio ciático.

Tal es así que al levantarme del taburete en el que estoy sentada, mi espalda se queja a su estilo: ¡crack!, paralización total, hasta aquí hemos llegado, y me quedo literalmente como un cuatro sin poder enderezarme. Es evidente que la culpa no la tengo yo por no parar, la culpa la tienen los bares por estar todos cerrados.

Un poco más de descanso, y poquito a poco la espalda va recuperando su posición natural, es decir, la vertical. No valen ni masajes ni que tiren de mí o me ayuden; mi espalda es absolutamente autónoma en estas lides y hay que dejarla que se recupere con el lento ritmo de las manecillas del reloj. Superado el susto, reanudamos camino por tramos que reconozco con facilidad.

El calor, las ampollas y el extremo cansancio de hace apenas seis meses, dan paso al intenso frío y a las ganas de llegar. Empiezo a pensar que es posible.

Al cruzar la carretera a la altura de Arca-Pedrouzo una patrulla de la Guardia Civil nos saluda de nuevo. Parece como si nos estuvieran siguiendo, mejor dicho, intentado que lleguemos “incólumes”, en nuestro peregrinar. Nos encontraremos con ellos en varias ocasiones a lo largo de la jornada.

Mentalmente, voy descartando las pequeñas cuestas que vamos dejando atrás y los bares que quedan por delante. Me siento como en casa, en terreno conocido y querido; pero no por ello menos duro, sobre todo porque todos los bares están cerrados y no hay excusa con la que justificar un merecido y necesario descanso. No estoy caminando a mi ritmo y eso lo puedo pagar caro, pero también es cierto que quiero llegar a la Misa del Peregrino de las seis de la tarde.

En el momento en el que alcanzo el gran mojón de piedra con la indicación de Santiago que hay en el alto de Lavacolla soy capaz de decir en voz alta que lo he conseguido, que lo hemos conseguido.

Los americanos han quedado atrás y Pepe sufre una tentativa de ser abducido por un peregrino a caballo totalmente novato que tiene un problema con las riendas y no consigue dominar al pobre animal. Le ha pedido a Pepe que le lleve hasta el Obradoiro sin parar, y entre los tres, hacemos lo que podemos para que el inexperto jinete no se quede atrás. Es decir, nos adaptamos al lento y despistado paso del pobre animal, del que podríamos decir emulando al Cid, ¡qué gran caballo, si tuviera buen señor!

Al alcanzar la carretera a la altura de San Paio nos despedimos definitivamente de él. Nos merecemos un buen homenaje gastronómico brindando –como no podía ser menos– por presentes y ausentes.

Mientras comemos, el cielo se ha cerrado sobre Santiago y la nieve hace de nuevo su aparición. A la misa de las 6 no llego, pero Luis me ha confirmado que a las 7,30 hay otra, así que me voy creyendo que mis perspectivas e ilusiones pueden hacerse realidad.

Vuelve a nevar intensamente cuando abandonamos el restaurante, Pepe pone la derecha y desaparece tras la tupida cortina de nieve. Agustín, fiel a su promesa, camina a mi lado marcando el ritmo.

La mezcla del licor café del San Paio con la nieve que pausadamente nos acaricia es un combinado perfecto para alcanzar San Marcos en un suspiro. Casi no me creo que haya llegado y que pueda hacer un nuevo descanso en el conocido bar de la carretera.

El monumento del Monte del Gozo apenas se distingue entre la copiosa nevada. En la pequeña ladera, unos niños se deslizan felices por la nieve jugando con sus trineos. Así me siento yo, como una niña feliz.

Los peregrinos de Narón nos dan alcance en medio de la nevada; la temperatura ha descendido a varios grados bajo cero, apenas se nos ven los ojos de lo abrigados que vamos todos. Juntos descendemos hacia esos horribles barracones. Debe ser que nos tenemos manía mutua pues a su altura, piso con desatino una capa de hielo y caigo de bruces dándome un fuerte golpe en la rodilla. En caliente no lo noto, pero al escribir estas líneas, pese a los días transcurridos, aún siento un punzante y constante dolorcillo (el diagnóstico médico a día de hoy, es una herida en el cartílago).

Los compañeros de Camino van quedando atrás, sólo Pepe y Agustín entrarán conmigo en Compostela. Con extremo cuidado bajo las escaleras cubiertas de hielo que descienden del Monte del Gozo.

Las puertas de Santiago se me abren una vez más de par en par. Las calles de Santiago, Concheiros, San Pedro, Casas Reais... son mudos y bulliciosos testigos de mi llegada. Con las campanadas de las 7 de la tarde estoy cruzando la Plaza Cervantes y retransmitiendo a mi madre el feliz momento.

Desde la Via Sacra, apenas dos minutos más tarde, contemplo la Puerta Santa acariciada por blancos copos de nieve. Siento que Compostela me abraza y me da la bienvenida; es un abrazo cálido y eterno, de los que dejan huella. La alegría me desborda.

IX.- Epílogo.

Han transcurrido seis años desde que cruzara la Puerta Santa por primera vez como peregrina y en compañía de Héctor; hoy lo hago con Agustín; quizás de aquí a once años, pueda conseguirlo otra vez, quién sabe en compañía de quién . Y aunque llegar a Santiago de turista es siempre gratificante, las sensaciones y el agujerito que se me abre en algún lugar del alma cuando llego caminando, no tienen parangón.

Al entrar, y a la derecha, acaricio la misma cruz sencilla grabada en la piedra, el mismo frío y húmedo dintel. Mis dedos se deslizan en una mezcla de símbolos y sentimientos por esa cruz.

Subo de inmediato a darle el abrazo al Apóstol para agradecerle una vez más el poder estar allí; darle algunos recaditos; y pedirle que me permita volver. El abrazo es tranquilo y cálido, es el abrazo al Amigo, en definitiva, al Amigo del Jefe, su intercesor.

La siguiente parada es en la cripta, siempre es allí donde la conversación con Él se hace más íntima. Agustín también está arrodillado a mi lado en profundo recogimiento.

Vamos a la Oficina del Peregrino donde saludo a la esposa e hija de Pepe que vienen a recogerle pues viven muy cerquita, mañana volverá para la Misa del Peregrino.

Con un fuerte y sentido abrazo les agradezco a mis compañeros peregrinos el apoyo que me han dado; una vez más, sé que sola no lo habría conseguido.

No me ha dado tiempo de nada y a las 7,20 aún estoy en la Oficina del Peregrino. Vuelvo a la catedral, doy gracias desde mi columna, y me cuelo por el claustro donde las torres de la fachada principal reflejan su sombra trasera sobre un espeso manto de nieve. Me quedo absorta contemplándolo. La imagen es otro regalo más; como en otras ocasiones, no hay día en que Santi no me ofrezca un regalito ... o dos.

Somos pocos los asistentes a la celebración eucarística. Sólo dos peregrinos, Santiago para nosotros dos, como unos amigos compartiendo mesa. Tengo la sensación de que toda la grandeza del edificio, toda la historia que nos precede, quedan concentradas, resumidas, en estos dos peregrinos arrodillados en el banco de terciopelo.

Leo la epístola una vez más, y me quedo con ganas de entrar en la Corticella y de recorrer otros rincones mágicos de la Catedral, pero el tiempo transcurre demasiado deprisa y el Pórtico de la Gloria tiene vedado el acceso para su restauración.

Al salir de nuevo a Quintana, apenas queda tiempo para un vinito y una ducha rápida so pena de que el pasajero de mi lado pida el cambio de asiento en el avión. A las 9,30 he quedado en el aeropuerto con la Guardia Civil para unas diligencias de reconocimiento e identificar al ladrón, sabemos quién es.

Tengo la sensación de que todo transcurre demasiado deprisa; me gustaría quedarme unas horas más en Santiago, vagabundear, perderme en sus callejuelas, descubrir algún secreto nocturno de la ciudad. Pero para bien o para mal, no nieva lo suficiente para que el aero-

puerto se cierre, ni dispongo de más días de vacaciones, ni puedo continuar hasta Fisterra, ni mi libertad da para más.

A las dos de la madrugada me zambullo feliz en mi cama dándole gracias al Apóstol por todo lo vivido y deseando que algún día, me permita volver.

PD: Gracias a los que de una forma u otra lo habéis hecho posible. Vosotros sabéis quiénes sois.

Gloria Viñals